

Asco, pelo y grasa

Víctor Pliego

ACUDÍ escéptico a este espectáculo precedido de escándalo y salí cautivado por los magníficos textos de Rodrigo García que forman parte de Gólgota Picnic. Aunque puede ser que a muchos les incomoden las imágenes que los acompañaban, y que en varios momentos resultan repulsivas, lo verdaderamente duro del espectáculo no reside en lo que se ve, sino en lo que se dice. El texto se desarrolla en varios monólogos que, con un lenguaje erudito a la par que coloquial, presentan un terrible alegato contra la religión, la violencia y la crueldad.

Entre tanto espectáculo vacuo como el que imponen las modas, es insólito escuchar un discurso tan claro y comprometido, que me trajo a la memoria algunos pasajes de Fernando Vallejo, Eduardo Galeano o Nietzsche. Resulta incómodo, pues cuestiona el papel de quienes, como espectadores, contemplamos el espectáculo del mundo sin tomar partido. La puesta en escena es muy interesante, aunque a veces resulta surrealista o desagradable. Tanto el texto como las imágenes muestran alusiones más o menos reconocibles, que van desde Guiseppe Arcimboldo hasta la Fura del Baus, pasando por Robert Wilson.

Como colofón, un hombre desnudo tocó la versión pianística de Las siete últimas palabras de Cristo en la Cruz, compuestas por Haydn, en un tono intimista y romántico. Fue un gesto inescrutable que añade otras inquietudes a esta inquietante propuesta. ¿Acaso es todo una broma, un juego? ¿Hasta qué punto se cree el autor su discurso moral? ¿Pretende adoctrinarnos con este teatro?